

UN PROLOGO

—¡Es triste llegar a los umbrales de la vejez, después de una vida de trabajo y privaciones, teniendo por todo presente la pobreza y por todo porvenir el hospital!.....

— Pues, hijo, tú lo has querido. Nadie te tiene la culpa. Siempre fué la prodigalidad madre de la indigencia. ¡Si no hubieras derrochado locamente una fortuna!.....

—¿Una fortuna? ¡Pero si nunca tuve un cuarto!

—Yo te puedo probar que has tirado a la calle un capital de un millonaje de pesetas.

—Venga la prueba; tengo curiosidad por saber cómo he podido perder lo que no he poseído jamás.

—Es muy sencillo. Pero a fin de evitar que mi demostración degenerare en una de tantas discusiones ociosas, importa fijar bien los términos. Yo afirmo que quien encontrándose en la calle un duro no se toma la molestia de cogerlo, realiza un acto de tan insensata prodigalidad como aquel que saca un duro del bolsillo y le tira en el arroyo. ¿Partimos de ese principio?

—Partamos.

—Bien. ¿Te acuerdas tú de Milagrito, la hija de don Zenón?

—¡Vaya si me acuerdo!

—Un gran partido. La chica era graciosa, traviesa, lista como un rayo. Belleza, Dios la dé. Malas lenguas decían que había en su pasado una de esas manchas que no salen ni con bencina. Tú no le parecías a la niña costal de paja. ¡Lo que te perdiste, majadero! Aquella era tu media naranja.

—Pero si yo no amaba a Milagro.

—¡Amor! ¡Gran palabra, evocadora de ensueños! Pero ¿qué tiene que ver el amor con el matrimonio? ¿Quién eres tú, pelagatos, para casarte por amor? ¿Pretendías hacer impunemente en tu insignificancia lo que rara vez osan realizar en medio de todas las grandezas terrenas las mismas testas coronadas?

—Yo nunca hubiera podido.....

—¡Si no tienes que decirme nada. Te conozco hace tanto! A tí te ha perdido la soberbia. Pero no se trata ahora de lo que fuiste, sino de lo que debiste ser. Si tú te

hubieses prestado a oficiar de quitamanchas, tengo para mí que don Zenón se habría dado por muy contento, entregándote la niña con una dote de treinta mil duros. ¿Crees que exagero?

—Creo que no.

—Treinta mil duros no son un Potosí, pero pueden ser un principio de algo. Para sacar de ellos, negociando, un diez por ciento, no habrías necesitado acudir a la baja usura. Hete, pues, que entras en la vida con tres mil dures de renta. Enseguida abres bufete.

—¡Si yo nunca he sabido palabra de la práctica de la profesión!

—Y eso, ¿qué importa? Tendrías un pasante, dos pasantes, tres pasantes, ¿cuantos pasantes hubiera menester. ¿No has conocido entre tus propios compañeros de estudios una porción de muchachos listos y muertos de necesidad? Ellos harían el trabajo. A tí te bastaría con firmar los escritos y llevar el agua al molino. ¿Te figurarás tú que hacen otra cosa muchos de los abogados de mayor renombre? El que tiene fábrica de tejidos nunca teje. Tejen por él sus obreros. El cobra, paga, se queda con la diferencia y se enriquece. Lo mismo pasa aquí. Dadas las relaciones de tu familia por afinidad, no juzgo temerario el suponer que al cabo de algunos años tu bufete pudiera dejarte un beneficio de otros tres mil duros.

—Bien podría ser.

—Y van seis. Además, serías diputado.

—¿Yo?

—Es claro. Tú eras entonces (¡cómo has cambiado, chico!) un mozo guapo, elegante, distinguido, simpático, algo encogido y hurraño, ese ha sido siempre tu defecto. Tu suegro habría tratado de utilizar tus buenas cualidades. Un yerno diputado viste. Te habrías hecho conservador o fusionista; tanto monta.....

—Pero yo siempre fuí republicano.

—¡Eso más! ¿Conque no sólo pretendiste casarte por amor, sino que te has permitido el lujo de tener ideas? ¡Y luego te quejarás de tu indigencia! ¡Y serás capaz de censurar a los que perdieron su fortuna en la ruleta de Monte Carlo!

—Pero.....

—¡Qué pero, ni qué camueso! Te digo que eres conservador o fusionista y diputado. Pronto conviertes en propio tu distrito de